



el obispo de la santa ciudad tuviese la misma preeminencia. El segundo y cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla, y quisieron que fuese la segunda. Así se hicieron cinco sedes, que con el curso del tiempo fueron llamadas patriarcales. Érales concedida la preferencia en el concilio. Entre estas sedes, la de Roma era siempre mirada como la primera, y el concilio de Nicea regló las otras sobre el modelo de ella. Habia tambien obispos metropolitanos, que eran las cabezas de las provincias y precedian á los demas obispos. Empezóse bien tarde á llamarlos arzobispos, pero no era ménos reconocida su autoridad. Cuando estaba formado el concilio, se proponia la Sagrada Escritura, y se leian los lugares de los padres antiguos, testigos de la tradicion; que la tradicion era la que interpretaba la Escritura; creíase que su sentido verdadero era aquel en que los siglos pasados habian convenido, y ninguno presumia de tener autoridad de interpretarla de otro modo. Los que rehusaban sujetarse á las decisiones del concilio, eran anatematizados. Despues de haber explicado la fe, se reglaba la disciplina eclesiástica y se formaban los cánones, esto es, las reglas de la Iglesia. Creíase que la fe era inalterable, y que aunque pudiese la disciplina recibir algunas mudanzas, segun los tiempos y lugares, era necesario aplicarse en todo lo posible á una perfecta imitacion de la antigüedad. En cuanto á los demas, los papas no asistieron á los concilios primeros generales, sino por sus legados; pero expresamente aprobaron la doctrina, y no hubo en la Iglesia sino una sola fe.

Hicieron Constantino é Irene ejecutar religiosamente los decretos del sétimo concilio; pero no tuvo igual firmeza el resto de su con-

ducta. El jóven príncipe, á quien su madre hizo casar á su disgusto, se entregaba á amores deshonestos, y cansado de obedecer á una madre tan imperiosa, procuraba alejarla de los negocios, en que á su pesar se mantenía. Reinaba en España Alfonso el Casto. La continencia perpétua que guardó este príncipe le mereció este bello renombre y le hizo digno de libertar la España del infame tributo de cien doncellas, que habia su tío Mauregato acordado á los moros. Setenta mil de aquellos infieles, muertos en una batalla con Magut, su general, fueron testigos del valor de Alfonso. Tambien procuraba Constantino señalarse contra los búlgaros; pero no correspondieron los sucesos á sus esperanzas. Destruyó, en fin, todo el poder de Irene, é incapaz de gobernarse por sí tanto como de sufrir el mando de otro, repudió á su mujer María, por casarse con Teodora, que estaba en servicio de ella. Irritada su madre, fomentó las turbaciones que causaron un tan gran escándalo, é hizo morir á Constantino, por sus artificios. Ganó al pueblo moderando los tributos, y con una aparente piedad atrajo los monjes y el clero á sus intereses. Logró, finalmente, ser reconocida por única emperatriz. Despreciaron los romanos este gobierno, y volvieron los ojos á Carlo-Magno, que sujetaba los sajones, reprimia los sarracenos, destruia las herejías, protegía á los papas, atraia al cristianismo las naciones infieles, restablecia las ciencias y la disciplina eclesiástica, solicitaba que se juntasen famosos concilios, donde era admirada su profunda doctrina, y hacia sentir, no sólo á Francia y España, sino á Inglaterra y Alemania, y por todas partes, los efectos de su piedad y de su justicia.

## CAPÍTULO II

La Arabia.—El Islamismo.—El Coran.—Omar.—La biblioteca de Alejandría.—Moaviah.

La península de la Arabia que, gracias á su posicion topográfica, está separada del Egipto, la Palestina y la Caldea por desiertos arenosos, no habia formado nunca parte de la monarquía asiática, y ningun conquistador, ni Ciro, ni Alejandro el Grande, ni los romanos, habian penetrado allí: los árabes, por consiguiente, habian permanecido fuera de la civilizacion antigua. Dos poblaciones distintas se hallaban en la Arabia; los jectanidas, descendientes de Jectan, nieto de Sem, y los ismaelitas, descendientes de Ismael, hijo de Abraham. Los jectanidas, poblacion primitiva y sedentaria, establecieron muchos reinos al norte y en el centro de la Arabia: el reino de Saba, en el Yemen, fundado por Saba, hijo de Jectan, y que tiene á Mareb por capital; este reino se llamó tambien de Himyar, hijo de Saba; los cahlanidas, descendientes de Cahlan, otro hijo de Saba, fundaron los dos reinos, de Hira en las fronteras de la Caldea, y de Gassan en los confines de la Siria.

Djorhan, segundo hijo de Jectan, fundó el reino de los djorhamitas, en Hedjaz, centro de la Arabia, y que tiene á la Meca por capital. Los ismaelitas, que llegaron despues á la Arabia y no se mezclaron en seguida con la antigua poblacion, tenian vida nómada y pastoril, y estaban divididos en gran número de tribus independientes, gobernadas por jefes heredita-

rios. Los ismaelitas permanecieron mucho tiempo fieles al monoteísmo, que era la religion de su primer padre Abraham, y los jectanidas, por el contrario, abrazaron el sabeísmo ó culto de los astros, llamado así por haberle profesado los primeros los sabeos, y que despues se mezcló con el magismo de la Persia; el templo de la Caaba en la Meca, cuya construccion se ha atribuido sin fundamento á Abraham, se hizo el santuario de la nacion adonde iban todos los años numerosos peregrinos de todas las partes de la Arabia; este culto concluyó por degenerar en idolatría aun entre los mismos ismaelitas, y el templo de la Meca llegó á estar rodeado de trescientos sesenta y cinco ídolos, y á mediados del siglo V, la Meca, capital del reino de Hedjaz, cayó en poder de los coreisquitas, tribu ismaelita. Con motivo de la destruccion de Jerusalen, muchos judíos se refugiaron en la Arabia, en donde tambien habia penetrado el cristianismo al principio del siglo IV, siendo abrazado por los habitantes de los reinos de Yemen, de Hira y de Gassan, pero sin penetrar en el interior del país. Los árabes, por consiguiente, formaban una nacion dividida en tribus independientes, cuyas cualidades distintivas eran la bravura y la hospitalidad, y que no habian perdido enteramente el carácter patriarcal. Tal era el estado de la Arabia cuando nació en la Meca el falso profeta que iba á tomar el Oriente por completo.





Mahoma pertenecía á la familia de los aquemitas, que debía á los cargos religiosos sus riquezas y su poder: su abuelo Abd-el-Motaleb, habia sido intendente de la Caaba, dignidad que debia pasar á Abdallah, padre de Mahoma; pero habiendo muerto ántes que Motaleb, éste tuvo por sucesor á Abon-Taleb, tío de Mahoma, y con quien éste se educó; la posicion de la familia de Mahoma explica la importancia que desde su juventud dió á los asuntos religiosos. Habiéndose casado con una rica viuda, se dedicó al comercio, y se puso en contacto con las tribus nómadas de la Arabia, que traficaban por medio de caravanas con la Siria, la Caldea y el Egipto; los jefes de las caravanas eran verdaderos príncipes, que tenían muchas veces que dar pruebas de su valor en los combates con las tribus que los acometían. Mahoma se retiraba todos los años durante muchos meses á la soledad del monte Herat, cerca de la Meca, para madurar allí su proyecto de reforma religiosa; sin embargo, no dió principio á su pretendida mision hasta que tuvo cuarenta años de edad; el carácter de Mahoma era una mezcla singular de generosidad, de orgullo y de sensualismo; á lo último de su vida se hizo cruel y echó mano á toda clase de imposturas para engañar á sus secuaces, pero en un principio estaba animado de un verdadero fanatismo religioso, y creia los errores que predicaba y que le exponian á numerosas persecuciones. La tribu de los koreisquitas, que temia perder la influencia de que gozaba si llegaba á desaparecer el culto idólatrico, hizo grande oposicion á Mahoma, el cual se vió obligado más de una vez á huir de la Meca, y entonces fué cuando predicó su religion en Yatreb y otras ciudades de la Arabia; las tribus nómadas de los ismaelitas se declararon por Mahoma, porque presentaba su religion como la misma de Abraham. Á la muerte de Abon-Taleb, su tío, huyó Mahoma de la Meca á Yatreb, que recibió el nombre de Medinat al Nabi (Medina), esto es, ciudad del profeta, y el dia de su huida se hizo el principio de la era musulmana, que lleva el nombre de egira, esto es, huida, y cuyo primer dia coincide con el 15 de Julio del año 622 de la era cristiana.

Recibido con júbilo Mahoma por los habitantes de Medina, y puesto á su cabeza, predicó la guerra santa contra los idólatras, entre los que incluía á los judíos y cristianos, y tomó á la Meca, cuyo templo de Caaba, despues de derribar los ídolos, le conservó como santuario de su religion, dándole el nombre de Islam, esto es, cedido á Dios; desde allí propagó por medio de las armas su religion hasta hacerla dominante en la Arabia, é intimó al emperador griego y al rey de los persas, para que abrazasen su culto; murió envenenado por un esclavo judío, cuando se preparaba á traspasar los límites de su patria para llevar el islamismo á todo el Oriente.

Las doctrinas del islamismo contenidas en el Coran, escrito despues de la muerte de Mahoma, son una mezcla de las del Antiguo Testamento, de algunas del cristianismo y de errores del sabeismo, y se apoyan en el dogma fundamental; no hay más que un solo Dios, y Mahoma es su profeta. El hombre, segun estas doctrinas, se salva por sola la fe, sin que sea libre en sus actos, porque todo lo que sucede está ya acordado con anterioridad en los decretos absolutos é inmutables de Dios, que á su vez está sometido tambien á las leyes de la fatalidad; esta doctrina del fatalismo ejerció una grande influencia en el carácter y desenvolvimiento de los pueblos musulmanes, porque les inspiró desde luego la bravura con que marcharon de victoria en victoria, y más tarde les sepultó en la apatía, que se ha hecho uno de sus caracteres distintivos; este mismo fatalismo les hizo obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes, especialmente de los que eran considerados como sucesores del profeta, é hizo que el absolutismo monárquico fuese la base de los estados musulmanes, dándoles grande fuerza en la lucha, contra los estados decaidos y débiles de Oriente. El Coran enseña la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos, pero las penas y recompensas de la vida futura son todas materiales, consistiendo las últimas en placeres puramente sensuales; Mahoma prescribió á sus partidarios ciertas prácticas exteriores que no tenían por objeto contribuir al mejoramiento moral del hombre;



estas prácticas son: las abluciones, la oracion, el ayuno, la limosna y la peregrinacion á la Meca, que debe hacer todo creyente, al ménos una vez en su vida; tambien impuso como obligacion principal, la guerra santa contra los infieles, y la proclamó la más meritoria de todas las obras. El islamismo no tiene verdadero sacerdocio, y la clase de los imanes, cuyas funciones son presidir el culto y las oraciones públicas, no se formó sino poco á poco.

Mahoma, ocupado únicamente en la propagacion de sus doctrinas religiosas, no dejó organizacion política á los árabes; á su muerte, dejó sólo una hija llamada Fátima, á quien habia casado con Alí, hijo de su tío Abou-Taleb. Los principales partidarios de Mahoma reconocieron por jefe á su suegro Abou-Becr, que habia presidido el culto durante su última enfermedad, y que tomó el nombre de Khalif-resoul-Allah, vicario del profeta de Dios; pero muchos jefes de las tribus nómadas se proclamaron profetas de Dios y negaron la obediencia á Abou-Becr, pero fueron sometidos por la fuerza de las armas, gracias al valor y talentos militares de Kaled, de Abou-Obeidah y de Amrou, que mandaban los ejércitos árabes; estos tres generales, despues de haber sometido la Arabia, invadieron la Persia y la Siria y tomaron á Damasco. Cuando murió el califa ya habia designado por sucesor á Omar, el cual consiguió hacerse reconocer, á pesar de las reclamaciones de Alí. El nuevo califa, que se distinguia por la sencillez patriarcal de sus costumbres y por su gran fe en la nueva religion, tomó el título de Emiru-al-Moumenin, esto es, soberano de los creyentes, y prosiguió la guerra santa con bastante vigor, sometiendo la Palestina, la Fenicia y la Siria, despues de tres victorias alcanzadas sobre el ejército de Heraclio; el Egipto no tardó en seguir la misma suerte, y el ejército mandado por Amrou deshizo á los griegos en dos batallas, y despues de un sitio de catorce meses se apoderó de Alejandria, quemando de orden de Omar la gran biblioteca que allí habia. La monarquía persa no pudo resistir el valor fanático de los musulmanes, los persas fueron deshechos en tres batallas sangrientas, y despues de la muer-

te de Jezdegerd III, su monarquía fué destruida por completo. Á la muerte de Omar, el califato árabe se extendia ya en el Asia hasta el Indo, el Mar Caspio y el Tauro, y en África estaba tocando con un gran desierto habitado por las tribus berberiscas, las que recibieron con los brazos abiertos á los árabes, que eran sus hermanos por el carácter y las costumbres.

Omar, que habia prohibido la navegacion á los árabes, quiso que su sucesor fuese designado por los antiguos entre los musulmanes. Othman, uno de los generales, fué el elegido, el cual levantó la prohibicion hecha por su predecesor y abrió de este modo un nuevo campo á las conquistas de los árabes, que armaron una flota, con la que se apoderaron de las islas de Chipre y de Ródas, y alcanzaron una victoria contra los grisgos. Por entonces fué destituido Amrou, gobernador de Egipto, y los griegos recobraron á Alejandria; vuelto á enviar Amrou al Egipto, expulsó de allí á los griegos é invadió el territorio de Cartago; las costumbres de los árabes habian cambiado á consecuencia de las riquezas adquiridas en sus conquistas. Othman, con su gobierno arbitrario y favoritismo para con sus parientes, produjo el descontento hasta de sus mismos partidarios, por quienes fué muerto. Alí se hizo proclamar califa por sus partidarios y derrotó al ejército reunido por Ayeca, que se habia declarado contra él; pero al mismo tiempo Moawiah, gobernador de Siria, tomó tambien el título de califa, y atrajo á su causa á Amrou; con este motivo se entabló una guerra que concluyó por la muerte de Alí, que fué asesinado por algunos musulmanes fanáticos, y por la abdicacion de su hijo Hassan; dueño ya del califato Moawiah, le hizo hereditario en su familia, que es la de los omniadas. Por entonces tuvo lugar una grande excision político-religiosa entre los árabes, que se dividieron en dos partidos; los sunnitas, partidarios de los omniadas, de Ommiale, bisabuelo de Moawiah, y pariente de Mahoma, los cuales interpretaban el Coran con el auxilio de la tradicion, y los alitas, que rechazaban la tradicion y consideraban á los descendientes de Alí como únicos sucesores legítimos del profeta; esta division hizo na-





cer una multitud de sectas religiosas, que formaron otros tantos partidos políticos, porque la autoridad política de los califas no tenía otra base que el poder religioso de que estaban investidos, como sucesores ó vicarios del profeta.

Moawiah, que temia á los alitas, demasiado numerosos en la Arabia, estableció su residencia en Damasco, ciudad en que ya habia habitado en calidad de gobernador, y de este modo separó el centro político del islamismo de su centro religioso, que continuó siéndolo la Meca, y los califas, investidos hasta entónces de una dignidad patriarcal y religiosa, se trasformaron en soberanos hereditarios de una monarquía puramente militar. Moawiah reanudó la guerra contra los griegos, pero fué deshecho por el emperador Constantino IV, que le impuso un tributo anual; y era tanta la severidad con que trataban á los alitas, lo mismo Moawiah que su sucesor Jezid I, que éstos se sublevaron, nombrando jefes á Hosseim, hijo de Ali, que murió cuando se dirigia á la Persia, y á Abdallah, hijo de Zobeir, que tomó el título de califa en la Meca, en donde se defendió contra Yezid, que murió durante el sitio; Moawiah II, hijo de Jezid, abdicó, y Abdallah en tanto se apoderó del Egipto; pero Mervan II, que tomó el título de califa en Damasco, le sujetó de nuevo. Á Mervan le sucedió su hijo Abd-el-Malec; y como los alitas de Persia, no habiendo querido reconocer á Abdallah, proclamaron á Mahomet, uno de los hijos de Ali, retenido en la Meca como prisionero por Abdallah, resultó que eran tres príncipes los que llevaban á la vez el título de califas. Abd-el-Malec se aprovechó de las divisiones de los alitas para restablecer su autoridad por las armas; reconquistó la Persia y tomó por asalto á la Meca, haciendo dar muerte á Abdallah, y nombrando despues gobernador de la Persia al cruel Hedjaji, que sofocó toda oposicion en la sangre de los alitas.

Las conquistas de los árabes se habian interrumpido durante sus guerras intestinas, y hasta se habian visto precisados los califas de Damasco á ajustar la paz con los griegos mediante el pago de un tributo anual; pero Abd-el-Malec les declaró de nuevo la guerra, y su

emperador Justiniano II, que fué derrotado, se vió obligado á acceder á los deseos de los árabes, alejando del Libano á los mardaitas, que continuamente les estaban molestando. Hassan se apoderó de Cartago, que recobraron los griegos, y cayó de nuevo en poder de los árabes, por quienes fué destruida, y al mismo tiempo Muza conquistó la costa septentrional de África, siendo, sin embargo, rechazado de Ceuta, ciudad que pertenecia á los visigodos de España, y que estaba defendida por el conde D. Julian. El califato árabe llegó al colmo de su poder bajo el reinado de Walid I, hijo de Abd-el-Malec, porque en tanto que Cotaiba sometia la India y los pueblos turcos del interior del Asia, que abrazaron el islamismo, y hacia respetar la autoridad del califa hasta las fronteras de la China, Muza, llamado por el conde D. Julian contra D. Rodrigo, envió á España á Tarif, que dió su nombre á la montaña en que estableció su campo, Gibal-al-Tarek (Gibraltar), y destruyó la monarquía de los visigodos, llevando sus armas victoriosas hasta los Pirineos. Tambien el Asia Menor cayó en poder de los árabes, y el califa Wali I armó una flota contra Constantinopla; su hermano y sucesor Soliman hizo tambien atacar á esta ciudad, cuyo sitio fué levantado por Omar II, por haberle obligado á ello, despues de trece meses, el valor del emperador Leon Isáurico. El califa Omar I, que se distinguió por su probidad y sencillez de costumbres, gobernó uno de los imperios mas vastos que han existido, pues el califato se extendia desde las fronteras de la China hasta el Océano Atlántico y los Pirineos.

Desde la muerte de Omar II data la decadencia del califato árabe, pues su hijo Yezid II, príncipe débil y de costumbres desarregladas, persiguió á los alitas y á los cristianos, prohibiendo á éstos poner imágenes, y no pudo sostener su autoridad en la Persia, en donde era muy considerable el número de los alitas. En el reinado de Heschem, hermano y sucesor de Yezid, que se hizo odioso por avaricia, fueron muy frecuentes los trastornos, especialmente en España, en donde Abderrahman restableció la paz y emprendió la conquista de la Galia, siendo derrotado por Carlos Martel; á Heschem



le sucedió Walid II, dotado de grande prodigalidad, y que fué destronado por Yezid III, que dejó el trono á su hermano Ibrahim; éste fué destronado por Mervan, gobernador de la Armenia, que promovió un tumulto y se hizo proclamar califa. Los alitas, que aprovechándose de los disturbios de provincias habian tomado las armas y se habian agrupado bajo la bandera negra de los abbasidas, destronaron y dieron muerte á Mervan II, y Aboul-Abbas tomó el título de califa en la Persia, despues de la muerte de su hermano Ibrahim, que le habia tomado ántes y que murió asesinado en una peregrinacion que hizo á la

Meca. Los abbasidas, fundaban su pretension al califato en su descendencia de Al-Abbas, tío de Mahoma, y en un acta de cesion hecha en su favor por Abou-Hachem, último descendiente de Ali; acta que más tarde fué contestada por los alitas puros. Toda la dinastía de los omniadas fué exterminada por los abbasidas, excepto Abd-el Rhamam, que se salvó en España y que fundó el califato independiente de Córdoba; rota de este modo la unidad política del califato árabe, éste principiò á desmembrarse, y con esto sufrió un golpe fatal el islamismo.